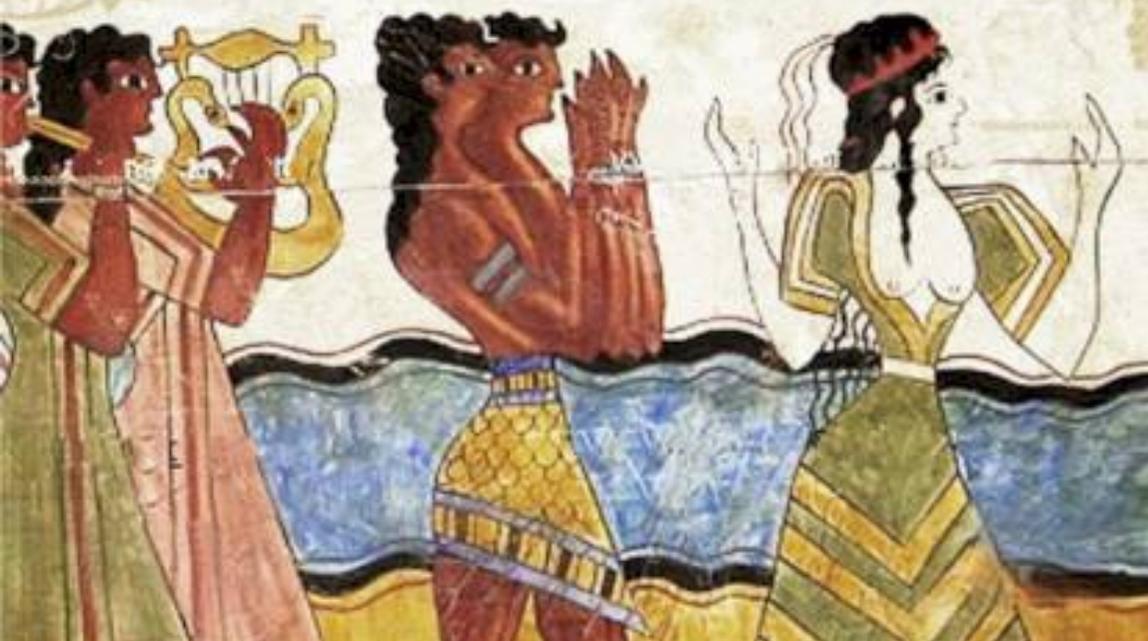


JESÚS SÁNCHEZ ADALID

LOS MILAGROS DEL VINO



En una Grecia decadente y bajo el dominio del imperio romano, el sacerdote Podalirio, que ha consagrado toda su vida al culto del dios Asclepio, cada vez es más consciente de que ha perdido la fe en los dioses y ya no encuentra sentido a los antiguos mitos y rituales. Contempla el sufrimiento, la enfermedad y la muerte, incapaz de llenar su vacío hasta que un día escuchará un relato que cambiará su vida para siempre, un mensaje de confianza en el futuro.

*Para mis amigos Manuel Molino y María José,
para siempre...*

1

Era invierno, el único tiempo en que la inquieta Corinto aplacaba su ardiente entusiasmo. En plena noche, una luz tenue, apacible, se filtraba a través de un techo de nubes blancas, tras el cual se adivinaba la majestad circular de la luna. Desvanecidos los aromas familiares, solo ascendía el frío y salado céfiro desde el mar. En el silencio, la ciudad parecía diferente, azulada y como muerta, al pie de la inquietante colina en cuya cumbre se alza la casa de Afrodita. Las rocas se aborregaban en las laderas, más allá de las murallas, entre las oscuras copas de los pinos. En los llanos se adivinaban los ciruelos salvajes y los almendros vestidos tempranamente de flores claras, visibles aun en la penumbra.

Podalirio se hallaba sentado en el suelo de la terraza del Asclepion, esforzándose en desterrar de su corazón tantos y tantos recuerdos, mientras se sumía en la contemplación de los tejados, las solemnes fachadas de los templos, las callejuelas desiertas, la quietud de los campos, la inmovilidad de los árboles y la negrura del mar lejano y lóbrego.

En raras ocasiones reinaba una calma así en Corinto. Porque podía decirse que era aquel el lugar del ruido y el desasosiego. ¡Cuánta gente! ¿Quién podría entretenerse contándola? Decían que había más de medio millón de habitantes dentro de las murallas... Una humanidad venida de todas partes, vendida y comprada una y diez veces, sin señas ni memoria, arrastrada, malqueriente, astuta y azarosa, como suele ser la gente de ninguna parte. Una muchedum-

bre que ahora dormía, tal vez para olvidar los excesos de las noches de estío, o por puro agotamiento.

El cielo se abrió repentinamente sobre la nieve que coronaba el Parnaso, al norte, y la luna llena apareció brillantísima en el firmamento rodeada por un blanco anillo de nubes. La brisa fue entonces helada y Podalirio se estremeció. Satisfecho tras haber aguantado el frío y la dureza del pavimento, se sintió recompensado al ver la bella luz reflejarse en el mar y al percibir el misterioso influjo del astro. Había esperado ese momento, renunciando al sueño, para reencontrarse con la extraordinaria clarividencia que solía regalarle Selene. Necesitaba meditar para ahuyentar la nostalgia. O tal vez se trataba de todo lo contrario y, en el fondo, buscaba regodearse en esa pena, ese vacío que venía apoderándose de él de un tiempo a esta parte.

El recuerdo de Siracusa le embargó entonces. Le parecía haber retornado a la pequeña casa de Ortigia, donde se quedó su alma de niño envuelta en brumas. Y la imagen borrosa de su madre, la ternura, el dulce olor de su cuerpo y su voz lejana. Pero también la presencia perturbadora de su padre, sacerdote de Febo, que enloqueció —según decía— por ver reflejado en la fuente de Aretea el rostro de una ninfa; desde entonces reía estrepitosamente, se echaba a llorar sin motivo aparente y conversaba consigo mismo.

A causa de la enajenación de su padre, siendo todavía niño, Podalirio fue entregado como ofrenda de agradecimiento a la clemencia de Asclepio. Apenas recordaría aquello si no fuera porque se lo contaron muchas veces después, a lo largo de su vida, y porque lo tenía escrito en una tablilla que llevó pendiendo de un cordón anudado al cuello durante algunos años. Conservaba de su infancia esa única reliquia, aunque ya no la llevaba colgada, sino que la guardaba en una caja con sus más preciadas pertenencias. La tablilla rezaba:

Podalirio, hijo de Aristeo de Siracusa, siervo de Apolo Hiperbóreo. Soy don para Asclepio, que expulsó misericordiosamente al demonio que afligió a mi padre.

La curación —según decían— fue de esta manera: Aristeo, además de loco, era sonámbulo y recorría delirante la casa, e incluso las calles, sin que lograsen despertarle; hasta que un día cayó al mar en plena noche y, al retornar repentinamente a la vigilia en las aguas frías, estuvo a punto de ahogarse, permaneciendo entre la conciencia y la inconsciencia mientras era rescatado, momentos en los que percibió muy próxima la presencia de la divinidad que venía en socorro suyo. Después, llevado al templo de Asclepio de Siracusa, durmió en estado febril durante días, tras los cuales se restableció y retornó a sus quehaceres. Curado de su locura, se creyó impelido a entregar una valiosa dádiva al hijo de Apolo. Y no halló mejor ofrenda que su propio primogénito. Por eso, apenas cumplió Podalirio los seis años, se embarcó con su padre y atravesó el mar de Jonio una primavera, con destino al Peloponeso, a la Argólida, para ser entregado en la casa del gran dios de Epidauró, el sanador. Allí fue puesto en manos de los sacerdotes y jamás volvió a ver a sus padres, pues nunca más regresó a Siracusa.

Estos recuerdos vagos, ensombrecidos por los muchos años transcurridos, llenaban de melancolía a Podalirio, precisamente ahora que empezaba a sentirse viejo. Porque últimamente tenía el alma cavilosa y exaltada, abrumada por el peso y el sedimento del pasado, y le asustaba sobre todo la vaguedad de su memoria más antigua. Le causaba una honda e infinita tristeza no saber nada más de sus orígenes, salvo lo que estaba escrito en aquella vieja y ennegrecida tablilla que llevó anudada al cuello hasta que cumplió catorce años.

Desde entonces solía buscar más que nunca la luz de la luna, para verse inundado por su aparente diafanidad y su fantástica claridad, que favorecían en él las percepciones exageradas, la tristeza, el miedo, la soledad..., pero asimismo cierta esperanza y una especie de certeza de que, en medio de toda oscuridad, pudiera brillar una luz.

De nuevo Podalirio percibió el profundo silencio en que estaba sumido todo Corinto, lo cual no sucedía habitualmente. Las nubes volvieron a ocultar la luna y desapareció la estela plateada en el mar. Los montes se oscurecieron por un momento. Se levantó y se acercó al antepecho para asomarse: solo pudo atisbar las sombras que envolvían el templo y las callejuelas sumidas en el sueño. Sentía la fresca humedad de la noche invernal, por lo que se arrebujó bien con el manto. Una vez más resplandeció el espectacular plenilunio y los contornos de las murallas se hicieron nítidos. Ni siquiera los centinelas parecían estar despiertos.

Miró de frente a la luna y extendió hacia ella las manos con las palmas vueltas hacia arriba. Rezó oraciones mágicas que le brotaban casi espontáneamente en momentos así y que poseían cierta fuerza para alcanzarle el sosiego. Pero únicamente logró que se intensificaran su desazón y su pena. Porque anhelaba que sucediera algo inesperado y extraordinario, algo que había intuido siempre sin saber qué era. Sin embargo, contaba ya más de cuarenta años y no acontecía nada realmente excepcional en su vida.

Recluido desde la infancia en el Asclepion de Epidauro, separado del contacto con el mundo, se inició desde tan temprana edad en los misterios del dios. Al principio hizo todo tipo de trabajos serviles para los sacristanes y luego pasó a ayudar a los sacerdotes, cumpliendo estrictamente con un orden y una disciplina impuestos desde la más remota antigüedad, desde los lejanísimos tiempos del centauro Quirón, a quien Apolo encomendó el cuidado de su pequeño hijo Asclepio y de quien este aprendió el arte de sanar a los hombres. Muy pronto los asclepiadeas del san-

tuario más afamado advirtieron que Podalirio resultaba hábil tanto en los asuntos médicos como en las cosas propias del culto en el templo. Así que no tuvieron inconveniente alguno para incorporarlo al sacerdocio apenas cumplió los dieciséis años.

Desde entonces, ¡escuchó tantas veces hablar de los «milagros»! A Epidauró acudían peregrinos aquejados de todos los males imaginables: leprosos, ciegos, cojos, locos, posesos... que suplicaban la intervención del dios para curarse. En aquel lugar aromático, apacible y saludable, las enfermedades se aplacaban y el dolor se veía mitigado. El murmullo de las plegarias, los ritos monótonos y la contemplación de la miseria humana, junto a los exvotos de las curaciones sorprendentes, propiciaban los milagros. Los fieles aseguraban sentir la presencia de la deidad e incluso percibir el *pneuma*, el soplo invisible e incorpóreo que logra el maravilloso efecto de quitar las pasiones del alma y del cuerpo.

Podalirio había visto a algunos imposibilitados dejar sus muletas y hasta abandonar la camilla en que habían llegado postrados, para salir andando ante el asombro de todo el mundo. También vio en cierta ocasión cómo recobraba el ánimo una muchacha afligida por la melancolía, que no comía, ni dormía, ni hablaba, y que, después de quedar profundamente sumida en la *incubatio*, el sueño reparador de Asclepio, decía haberse encontrado con su amado, muerto tres años antes. Fue Podalirio, en efecto, testigo de curaciones que parecían «milagrosas», tanto en el gran santuario de Epidauró como aquí, en Corinto, al servicio de cuyo templo llevaba ya más de veinte años. Las virtudes salutíferas de las aguas de los manantiales sagrados, los efectos de un régimen de vida bueno, en un lugar donde confluían la esperanza y el deseo de quedar sano, sin duda tenían mucho que ver en aquellas curaciones.

Pero Podalirio, aun llevando ya cuatro décadas al servicio del dios, no podía evitar verse asaltado por la duda en

ciertas ocasiones. Sobre todo cuando gentes devotísimas que acudían al templo no solo no experimentaban mejoría alguna en sus enfermedades, sino que hasta empeoraban y les llegaba la muerte.

¿No había regalado Atenea a Asclepio la sangre vertida de las venas de la Gorgona? ¿No podía el dios resucitar a los muertos en virtud de esa sangre? ¿Acaso no devolvió gracias a ella la vida a Capaneo, a Licurgo, a Glauco, hijo de Minos, y a Hipólito, hijo de Teseo?

Pero esos milagros no los vio nadie. Ni siquiera el bueno de Asclepio podía hacer retornar del Hades a sus fieles servidores. Sería a causa de los celos de Zeus que, ante tales resurrecciones, temió que se desbaratase el orden del mundo y mató con un rayo al dios sanador, que fue transformado en la constelación de Serpentario.

Esta era la única explicación que daban los antiguos misterios de Epidauro. Lo cual le causaba a Podalirio un hondo sufrimiento interior y una gran compasión por el dolor humano.

Un gallo cantó en alguna parte. Más tarde aulló un perro. Algunos ruidos empezaron a despertarse y el lucero de la mañana decidió hacerse notar con su fulgor. Pronto iba a amanecer. La luna parecía querer ir a ocultarse tras los montes y el frío se intensificó. Ya no quedaban nubes en el cielo tachonado de estrellas; solo una densa bruma ascendía lentamente desde el oscuro mar.

Podalirio notó el peso de sus párpados y se dio cuenta de que tiritaba. Apenas sentía sus pies ateridos sobre el pavimento de la terraza, húmedo de rocío. Era hora ya de abandonar sus cavilaciones. Descendió cuidadosamente por la estrecha escalera procurando no hacer ningún ruido. A su paso, en el patio del templo se removieron algunos pájaros que dormían en el laurel sagrado. Pero los negros y enhiestos cipreses permanecían mudos e inmóviles.

Penetró en el santuario y fue hasta la celia, donde se vio envuelto en el cálido y aromático ambiente proporcionado por las muchas lucernas encendidas. La estatua del dios parecía poner en él su mirada más dulce y compasiva, a la vez que absorta en sus pétreos ojos. El sacerdote quemó incienso delante del ara y rezó desde lo más hondo de su corazón:

—No me abandones, señor de la salud. Vela por mí, ¡oh, piadoso!

2

Podalirio despertó de súbito pero permaneció con los ojos cerrados, completamente inmóvil. La luz se filtraba a través de sus párpados y por ellos supo que el día estaba avanzado. Del patio llegaban las voces de una violenta disputa entre mujeres. Entonces comprendió que esa debía de ser la causa por la que acababa de soñar que discutía acaloradamente con el hierofante. No era la primera vez que tenía esa pesadilla, pues su superior, el supremo sacerdote del culto de Asclepio de Corinto, era un hombre vehemente, complicado, cuyo trato propiciaba constantemente motivos de contienda. Lo cual no quería decir, ni mucho menos, que Podalirio se pasase la vida discutiendo con él. En vez de ello, prefería callar y soportar pacientemente las veleidades absurdas del hierofante, con lo que se ahorraba muchas complicaciones.

No obstante, en este último sueño parecía haber tenido licencia para echarle en cara a su superior lo que pensaba sobre esto o aquello. Como si el dios mismo le permitiese desahogarse en el sagrado territorio que se nos abre cuando dormimos. «Los sueños son otra cosa —pensó—, son el venerable dominio de Asclepio».

En el patio los gritos parecían ir aumentando.

—A ver, ¿dónde está tu marido? —preguntaba insistentemente una de las voces de mujer—. ¡Que salga! ¡A ver si resolvemos de una vez este asunto!

—Eso, ¡que salga el sacristán! —exclamaba otra de ellas—. ¿Acaso aún está en la cama? ¡Por las Moiras! Todo Corinto despertó hace horas...

Podalirio seguía inmóvil en su cama. Todavía estaban vivas en su mente las imágenes del sueño que acababa de tener. Incluso parecía sentir cierto escozor en la garganta, como si verdaderamente hubiera estado increpando al hierofante, con voces encolerizadas, más fuertes y agresivas que las de esas mujeres que estaban en el patio, quienesquiera que fuesen. Y ello le provocaba un cúmulo de remordimientos.

Ahora oyó cómo alguien subía con decisión por la escalera que conducía al piso alto de la casa. Eran pasos firmes y sonoros que hacían crujir los peldaños de madera, pasos que Podalirio conocía bien, porque eran los de su esposa. Aunque tenía los ojos cerrados, le parecía verla con nitidez, acercándose, gruesa y sulfurada, agarrándose las faldas para no enredarse en ellas. Vendría enfadada, totalmente dispuesta a proporcionarle un brusco despertar y amargarle la mañana. Pero, igual que hacía habitualmente con el hierofante, se aguantaría sin rechistar. ¿Para qué violentarse? ¿Qué sentido tendría discutir a primera hora del día, por esto o por aquello?

—¡Podalirio! —gritó ella todavía afuera. Luego empujó con brusquedad la puerta e insistió—: ¡Podalirio, despierta de una vez! ¡Qué hombre tan dormilón!

Él abrió los ojos y fingió despertar en ese momento. Se enfrentó al desagrado de la repentina luminosidad exterior y a la áspera y desapacible presencia de su mujer, grandona, fuerte, viril, que se abalanzaba hacia la ventana para dejar pasar mayor claridad aún, junto al aire frío de febrero. A pesar de tanto fastidio, Podalirio continuó yaciendo inmóvil. Aunque percibió que se intensificaban algo los latidos de su corazón y una leve presión en las sienes; sutiles señales de asomo de la cólera que merecía tal atropello. Pero, como era norma en él, reprimió el impulso que le incitaba a gritarle a ella con la misma rabia y descaro con que en el sueño le había gritado al hierofante. Por ser muy consciente

de que se hallaba ya en la vigilia, donde las riendas de su alma las gobernaba él y no el dios.

Con los brazos en jarras, su mujer seguía refunfuñando:

—Si te acostaras a la hora de todo el mundo no tendrías este sueño y esta pereza... ¡Es media mañana! Ahí abajo unas mujeres te buscan... Han pasado no sé qué cosas en el Asclepion y están hechas unas fieras... ¿No te inmutas...? ¡Podalirio!

Él la miraba fijamente. Élla llevaba el pelo alborotado y las canas de las sienes se destacaban entre la maraña de cabellos muy negros. Los ojos, grandes, oscuros y bellos, estaban encendidos, y las gruesas cejas arqueadas. La barbilla, redondita, le temblaba mientras proseguía con su retahíla de reproches:

—Por la gloria y la sabiduría del dios, que no hay quien te entienda, Podalirio. ¿A qué estarte ahí toda la noche en las terrazas cogiendo frío? A buen seguro habrás enfermado... ¡Estamos en invierno! ¿Quién anda en estas fechas por las alturas, como los búhos? ¡Salve, señora del monte, qué hombre este! Anda, levántate y ve a ver qué quieren esas locas.

Él respondió con una mueca de disgusto. La mujer entonces palmeó y le apremió una vez más. Luego pareció enter necerse y dejó escapar una sonrisa.

—¡Ay, qué hago con este niño! —exclamó maternalmente—. ¡Más de cuarenta años tienes, Podalirio, un hijo y hasta una nieta...! ¿Cuándo nacerá el hombre que llevas dentro? Tantos libros, tanta sabiduría, tantos misterios, tanta conversación, tanta meditación... ¿para qué? ¡Ay, si no fuera por mí!

Él retiró perezosamente las sábanas e hizo ademán de levantarse. Entonces ella se llevó las manos a la cabeza y gritó:

—¿Con la túnica nueva te has acostado? ¡Habrased visto!

—Hacía frío.

—Hacía frío, hacía frío... La has dejado como un guiñapo. Ahora tendré que ir a lavarla. ¡Anda, sal de una vez de esa cama y deja que te adecente un poco! Esas de ahí abajo no deben verte con esta pinta.

La mujer le quitó la túnica y le dejó desnudo mientras iba a por el jarro y la palangana, que estaban en un rincón. Después estuvo aseándole: empapaba la esponja en el agua fría y se la pasaba por la frente, el rostro, el cuello, las axilas, el pecho, el vientre... Lo hacía sin demasiada delicadeza, con movimientos rápidos y enérgicos.

—¡El agua está helada! —protestó Podalirio.

—Está helada, está helada... —repitió ella con retintín—. ¿Y anoche no estaba helada la terraza? —Le atusaba, derramando aceite perfumado por el cabello y de vez en cuando se retiraba de él un poco para observar con algo de distancia los efectos de sus cuidados. Todo ello sin dejar de relatar—: ¿Qué harías tú sin esta pobre esclava? ¡Oh, estos pelos los tienes ya muy crecidos! Hoy te cortaré un poco. Con esas greñas pareces un cínico... ¡Por las Moiras!, hay que darse prisa, esas arpías deben de estar impacientándose. Anda, ponte una túnica limpia mientras voy yo a entretenir.

Podalirio estaba totalmente acostumbrado a la voz fuerte, imperiosa, de su mujer, a sus interminables refunfuños, a las excesivas y empalagosas atenciones y a su permanente manía de organizarle la vida. Seguramente era cierto —como tanto repetía ella— que necesitaba a aquella mujerona a su lado, porque era dominadora, segura de sí, ordenada y feroz defensora de la casa. Precisamente todo lo que él no había sido nunca. Pero ahora, sin saber por qué, empezaba a brotarle a Podalirio cierto amago de cansancio. No es que la hubiera aborrecido, pues no le causaba rechazo su proximidad ni le desagradaba su cuerpo, su piel, su olor... Tal vez era porque tal omnipotencia, protección y solícitos cuidados le hacían seguir sintiéndose como un niño. Y eso acaba cansando. Todo ser necesita madurar.

Llevaban casi treinta años juntos, desde que Podalirio cumplió los diecisiete y el gran sacerdote de Epidauro estimó que era suficientemente hombre para tomar esposa. El muchacho fue hasta el puerto de Nauplia acompañado por el maestro de los misterios y permaneció allí el tiempo necesario para encontrar la mujer que buscaba.

Recordaba aquella cabeza de cabellos negros, brillantes y lisos, el talle esbelto y el busto apenas formado. Ella se llamaba Nana, como la hija del dios Sangario, y tenía entonces solo catorce años, aunque era ya grande, de largos brazos y piernas. Alegre, sonriente, vocinglera, como siguió siéndolo toda la vida, a Podalirio le encantó nada más verla y le rogó al maestro que pagase el precio que pedían por ella. La boda fue al día siguiente frente al tholos del santuario.

Desde aquel momento, Nana empezó a encargarse de casi todo. A pesar de ser una adolescente, no era nada atolondrada. Después fue robusteciéndose más y más, y engordó al mismo tiempo que se adueñaba de Podalirio. Él nunca habría sido capaz de mandar en nadie, mucho menos en aquella muchacha rebotante de salud y de energías.

Cuando hubieron cumplido ambos los veinte años, después de tener a su hijo, llegó el momento de abandonar Epidauro. El sacristán del Asclepion de Corinto había muerto recientemente y el puesto estaba vacante. La decisión la tomó ella. «Aquí nunca serás nadie —le dijo—. Así que mejor busquemos donde ser cabeza de ratón en vez de cola de león».

Nana tenía razón. En Epidauro había centenares de jóvenes iniciándose en los misterios y varias decenas de sacerdotes aspirando al supremo cargo de hierofante. ¡Demasiadas intrigas y disputas! El temperamento de Podalirio, ensimismado y meditabundo, no servía para ninguna clase de guerra. Cuando murió el gran maestro Asopo, que siempre le protegió como a un hijo, se sintió huérfano. Era el momento de irse, aunque le doliera en el alma dejar atrás